

El baile de la vida de Elena Torres

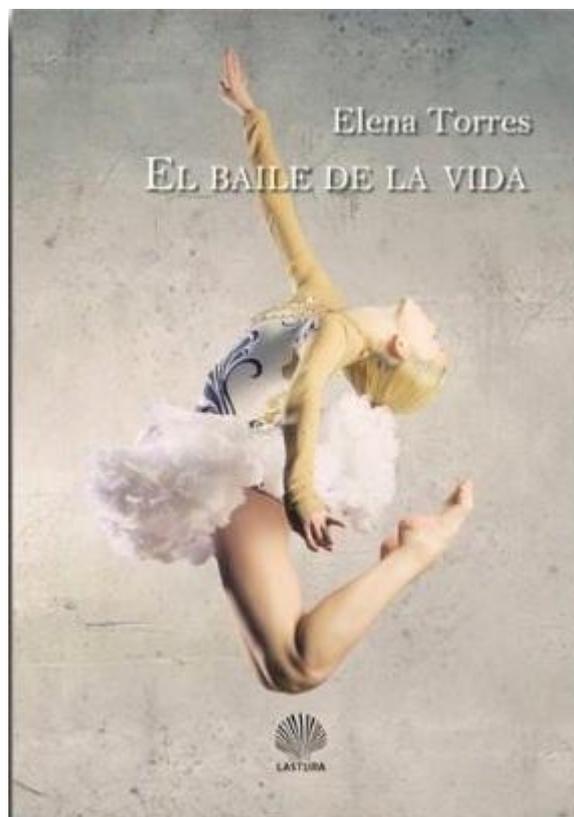
Albert Torés García

Elena Torres

El baile de la vida

Colección Concilyarte, Ocaña, Marzo 2016.

Decía el genial poeta Claudio Rodríguez que la poesía era, sobre todo, participación. En efecto, nace de una participación que el poeta establece entre las cosas y su experiencia, diría experiencia poética de las mismas, a través del lenguaje. Un lenguaje meditado, tal como nos indicaba Roland Barthes. A esto añadimos que “la autenticidad y la falsedad de la poesía sólo se pueden reconocer, en último término, por medio de sus resultados afectivos” nos deja dicho el propio Claudio Rodríguez. Este es el marco que hoy proponemos para el nuevo poemario de Elena Torres, *El baile de la vida*, auténtico tributo a las artes, de manera especial a la música. Es verdad que poesía y música están íntimamente ligadas desde siempre, desde los albores, como nos decía Dante en *De Elocuencia*: “toda palabra hecha en verso es canción”. Por otro lado, la musicalidad no depende exclusivamente del acompañamiento de un instrumento o de la voz, sino especialmente de los sonidos y ritmo de las palabras. La estructura métrica que al fin y al cabo es el ritmo, pivota además sobre esa doble articulación significado/significante, ambivalencia esencial del lenguaje. Bien es verdad que Elena Torres recurre a versos como el endecasílabo. Sin embargo, el anhelo musical se refuerza con un tipo de versolibrismo que ahonda en el heptasílabo. En cualquier caso, por anunciar la crónica desde un primer momento, estamos ante un libro auténtico, singular, cumplidor en todas sus facetas del placer textual. María José Pastor, en un certero prólogo lo expresa con toda nitidez: “Al leer el libro de Elena Torres te vienen a la cabeza distintas metáforas: un iceberg que muestra sobre la superficie del agua un visible bloque compacto — fascinante por sus múltiples matices azulados— que esconde una voluminosa porción de materia que lo sustenta. Conviene pertrecharse para explorar y así obtener un puñado de tiempos de placer”.



Por otro lado, me parece oportuno destacar la magnífica edición de la Editorial Lastura, en su Colección Concilyarte, una editorial joven, valiente y con el idealismo como concepto editorial, y cuyos pilares se fundamentan en publicar en todos los idiomas, todos los géneros y con precios justos.

Elena Torres nace en Valencia. Es Licenciada en Filosofía Pura e imparte talleres de creación literaria en aulas de la Tercera Edad. Entre 1994 y 2014 ha publicado doce poemarios: *Don de la memoria*, *Ráfagas de vértigo*, *As de copas*, *La zona oscura*, *Alta Fidelidad*, *En la esquina del desencuentro*, *Exceso de equipaje*, *Lencería de piel*, *Nada Personal*, *Alrededor del deseo*, *Frágil* y *En el silencio de la bodega*. Ha participado en varias antologías, siendo la última *La escucha y la concordia*. Su poesía ha sido galardonada en numerosas ocasiones, sus últimos reconocimientos son el XIII Premio Certamen Poético Molina color de Vino, Málaga, 2011, por *Tiempo de vendimia*, el XXIX Premio Ciudad de Valencia 2012 Vicente Gaos poesía en castellano por *Frágil* y la mención de honor por Haikus “Cosecha Púrpura” del XXII Concurso Poesía Arnedo, La Rioja, 2013. Forma parte de asociaciones culturales valencianas como CLAVE y Concilyarte y un servidor ha tenido la fortuna de acercarse a su obra, disfrutarla y dar cuenta de ella.

El baile de la vida es un magnífico poemario que tiene como escenario la música y el baile, y que de hecho se divide en dos partes bien diferenciadas, “El baile de la vida” con once poemas titulados “El lenguaje del abanico”, “El vals”, “El pasodoble”, “El bolero”, “La fusión”, “La samba”, “El jazz”, “El musical”, “La mascarada”, “Las nueve musas” y “El tango”. La segunda parte “La vida es un baile de relámpagos” compuesta por 20 composiciones numeradas, dispuesta en quintetos mixtos, quintillas, tankas. En definitiva, un corpus textual que nos ofrece una auténtica lección de sensualidad poética, visible en el primer texto, “El lenguaje de los abanicos”:



“ Te miro abanicándome/ en medio de un salón/ de temblorosas lámparas./ En la pared afinan los espejos/ acordes de un piano de sombras/ ...Podría rozar mi mejilla izquierda/ y declararte que soy tuya./ Confesar que te quiero/ mientras lo abro lentamente/ hasta cubrir mis ojos”.

Lo que nos propone Elena Torres es el verso sin límites, el plano ondulante que se identifica visiblemente pero que encierra unas gotas enigmáticas. Un relieve misterioso que plantea en este primer poema “El lenguaje de los abanicos” y que enlaza con el arte de la otredad, incluyendo en sus propios textos las resonancias de Isidora Duncan, Emily Dickinson, Marosa Di Giorgio, Carlos Cano, Víctor Manuel, Juan Luis Guerra, Vinicius de Moraes, Bob Fosse, Alejandra Pizarnik, Jane Austen, Safo, Carlos Gardel, Borges, Gil de Biedma.

La escritora se distancia de la mortecina realidad para lanzarse al vacío, o por ser exacto, al ardor, a la ilusión, al deseo : “Déjame regresarte/ con el quejido inconfundible/ del bandoneón del deseo”, nos escribe en ese magnífico poema titulado “El tango”.

Elena Torres desde sus primeras obras inicia la aventura del poema hasta sus últimas consecuencias, tensando la cuerda del arco, por emplear esa bellísima y precisa imagen de la escuela formalista rusa. Como norma, Elena Torres construye un singular quiasmo de presencias sugerentes y de ausencias simbólicas, en ese anhelo de lograr la concordancia de la palabra con el espacio poético, de cohesionar un fecundo juego de invocaciones y contrarios, gran aporte de la autora valenciana. De este modo, seguiremos

un itinerario de lámparas temblorosas, espejos y sombras, silencios y relojes, encuentros fugaces, nostalgias y pasos de baile, tiernas mentiras y suaves pasiones, tierra y mar por un bálsamo de inquietud, el consuelo y el olvido, la duda y la lágrima, los sonidos pasajeros y las acentuadas melodías reforzado todo ello por leves secretos y murmullos de seda, todo un tributo a lo que debemos encuadrar como la poesía de la elegancia, sutileza, y sensualidad.

Siempre se acerca a la poesía como una vía de conocimiento, en suma, como una forma posible para interpretar, calibrar, evaluar el contexto real y superarlo con una palabra nueva, acaso con un significado nuevo que debe conllevar la intensidad emocional. A ciencia cierta, las lectoras y lectores experimentarán esa turbadora intimidad que pocas poetas son capaces de elaborar con tanta autenticidad. En el poema XIX de la segunda parte, leemos y con ello guardamos silencio: *“Ya no danzamos./Las horas buscan/ la postura perfecta/ para un final feliz/ que nos salve de lo fugaz.”*

Elena Torres en su combinación tan efectiva de inquietudes e imágenes parte del acopio de diversos placeres, la música y el baile en este poemario, pero también, la pintura, la literatura, la arquitectura, el viaje y por supuesto la vida. Por ello, su poema es profundamente entrañable, de fascinantes registros y sugerentes resonancias. Lo describe acertadamente la prologuista, María José Pilar: “El mérito de este flujo es del argumento, el baile, pero sobre todo del ritmo ágil del poema, el mérito es de Elena. Predominan los imparisílabos aunque, en ocasiones, introduce algún verso par que te recuerda, con un pequeño golpe, que cada verso tiene su valor particular. Que en un baile es preciso romper el ritmo, abrir la brecha para que la emoción se cuele.”

Por tanto, no cabe duda en cuanto a la originalidad de la voz poética de Elena Torres, siempre en el camino de la experimentación pero fijando su mirada en su entorno y desde luego en la tradición. Una escritura poética que se inserta de pleno derecho en el Humanismo Solidario y con la que me identifica absolutamente, especialmente en este poemario donde a la banalización de la urbe se le responde con una solidaridad de las artes.